

A LOS OJOS DE DIOS

2ª
EDICIÓN



DOMINGO TERROBA

Y Dios le ordenó a Abrahán:

—Toma a tu hijo, el único que tienes y al que tanto amas, y ve a la región de Moria. Una vez allí, ofrécelo como holocausto en el monte que yo te indicaré.

(Génesis 22:2)

Prólogo

Shelburne, Vermont, 2019

◀ A juzgar por su apariencia, debió de haber pasado bastante tiempo viviendo como un animal en el bosque. Fue entonces cuando le conocí. Leí sus informes clínicos tantas veces como lo necesitaba o como mi curiosidad me empujaba a hacerlo. Era un caso fascinante de estudio. Un desafío para la psiquiatría. Estoy convencido de que cualquiera de mis colegas hubiera deseado tener algo así en sus manos alguna vez».

La primera vez que leí su carta fue cuando me dieron el alta. Luego, la guardé en un lugar seguro e intenté olvidarme de ella. Justo ahora, acabo de encontrarla trasteando entre mis cosas.

«Después del incendio hay un tiempo del que poco o nada sabemos, solo que emprendisteis una huida hacia lugares de los que no ha quedado constancia. Tu historia comienza a escribirse a raíz de tu posterior ingreso en el psiquiátrico, donde fuimos recopilando información a través de los escasos recuerdos que iban emergiendo a tu memoria».

Todavía hoy sigo teniendo lagunas en mi mente que no me permiten asomarme a esa parte de mi pasado reconstruido con

remiendos en largas horas de terapia. A veces, siento impulsos que me empujan a indagar en ese espacio gris del cerebro donde mi mente se pierde, pero el intento me detiene. No sé si es rechazo o miedo inconsciente a tropezar con emociones que pudieran herirme. Por ahora, prefiero seguir moviéndome por el mapa que los médicos han dibujado en mi mente; un lugar más seguro, aunque haya momentos en los que me intuyo al borde de un precipicio.

«... a partir del instante en que rompiste con la realidad, tu yo hizo una retirada, se alejó de la conciencia permitiendo así que otras identidades tomaran el control. La realidad que vivías no era más que un ensueño perfectamente elaborado por tu mente enferma. Yo sabía que era casi imposible llegar a abrir esa puerta de tu cerebro donde te habías encerrado, pero nunca perdí la esperanza, como tampoco el deseo de rescatarte algún día de esa oscuridad. Ahora me alegro de mi tenacidad y doy por válidos todos estos años de intenso trabajo de los que, sin lugar a duda, me siento satisfecho. Pero soy hombre de ciencia, conozco los entresijos de la mente, y una recaída entra dentro de posibilidades que no descarto. También es cierto que tu cerebro cuenta ahora con recursos de defensa que no tenía antes. Te hemos enseñado a utilizarlos. Haz uso de ellos si llegara el caso».

No tengo la más remota idea de lo que ocurrirá en adelante. Solo sé que he reconstruido mi vida como he podido, con lo poco o mucho que mi mente me ha permitido quedarme. Mi pasado continuará siendo una parte de mí no resulta, una grieta por donde a veces estaré tentado de asomarme, aunque sé que es una fisura que conduce a los años perdidos, a los días no vividos de forma consciente, a un infierno en llamas que aún continúa ardiendo bajo las capas de mi memoria. Pero ocurre que sin esa parte de mí mismo me siento incompleto. A medias, como una de esas esculturas mutiladas y sin acabar del todo.

«El correr de los días es lo único que importa», oigo un ronroneo dentro de mi cabeza que calla las voces. Vuelvo la vista hacia la chimenea y veo cómo las llamas van devorando un trozo de papel que he guardado durante años. Quiero pensar que ya no lo necesito. Que para mí ese tiempo ya no cuenta, aunque intuya que sigue vivo en alguna parte.

PARTE PRIMERA

1.

Shelburne, Vermont, 1974

Aaron observa a Ishbel durante breves segundos y en completo silencio desde el umbral de la puerta. Sin hacer apenas ruidos y sin atreverse a articular palabra, da unos pasos al frente y se acerca a ella despacio, con cuidado de no sorprenderla. Sabe que aún es pronto, que las heridas tardan en cerrar y que la mano del tiempo es tan imprescindible como necesaria. Ishbel, sin embargo, no parece hacer mejoras significativas desde que volvió del hospital hace ahora apenas una semana y media, señal que Aaron observa con creciente inquietud a medida que pasan los días. A pesar de lo ocurrido y consciente de los duros momentos por los que atraviesan, hay instantes en los que le cuesta reconocer a la mujer con la que lleva compartiendo diecisiete largos años de su vida. La mira y le parece como si otra conciencia se hubiera adueñado de su mente, manejando sus emociones y arañando inquietudes a las que él solo puede acceder a través de vacilaciones. No es la primera vez que Ishbel cae de lleno en la tristeza. La melancolía ha sido una señal de identidad a lo largo de toda su vida, parecida al gris de sus ojos o al deseo de

buscar la soledad aun cuando no hay razón aparente para aislarse. Aaron sabe que la vida de su mujer no ha sido fácil. Ella misma lo ha dicho en ocasiones puntuales, aunque nunca se ha atrevido a confesar abiertamente los detalles que le han provocado ese desasosiego que arrastra desde la más temprana adolescencia. Aún hay huecos en la biografía de ella que Aaron no puede leer con fluidez, viéndose obligado a llenar esos espacios en blanco con datos imaginarios. Y aunque nunca ha intentado forzarla a decir nada de lo que ella no estuviera dispuesta a contar, sí que ha tenido que lidiar con la duda de si realmente su mujer se casó enamorada o, por el contrario, solo vio en él la vía de escape a una vida más fácil. Como quiera que sea, él la ama. Al igual que sabe que ella también le quiere a su manera. Y eso es más que suficiente para mantener en equilibrio un matrimonio aparentemente estable, que solo fluctúa cuando se ve amenazado por los repentinos seísmos emocionales de ella.

—Cariño, ¿estás bien? —le pregunta tocándole el hombro.

Ishbel, que casi había pasado desapercibida la presencia de su marido, alza la barbilla, le mira a los ojos, pero no dice nada.

—Llevas un buen rato aquí arriba —comenta Aaron echando una breve ojeada a la habitación de su hijo—, y creo que sería buena idea que bajaras a la cocina y preparemos algo para la cena.

Un golpe de aire estampa contra los cristales regándolos con una fina capa de lluvia. Ishbel gira la cabeza hacia la ventana alar-mada. Los zumbidos provocados por la repentina racha de viento la estremecen.

—Será mejor que lo dejes —insiste Aaron inclinando la espalda para hacerse con su mano—, se te ve cansada y no creo que seguir hurgando ahí dentro sea buena idea.

—No puedo, Aaron. Le sigo echando mucho de menos.

—Lo sé, cariño. Yo también le extraño, pero debemos aceptar que Ben se ha ido. Que ya no está con nosotros y que lo único que podemos hacer por él es rezar por su alma.

Ishbel agacha la cabeza como si intentara esconderse de la mirada de su marido o evitar sus palabras. Hoy había prometido, al igual que otros días, que no lloraría, pero la humedad en sus ojos la delata.

—Lo superaremos, ya verás. Dios nos ayudará, nos aliviará el dolor y nos proveerá de fuerzas para seguir adelante. Ahora será mejor que empecemos a pensar en hacer algo con todo esto —apunta refiriéndose a las cosas del pequeño que su mujer ha ido reuniendo—. Para nosotros ya no tienen otro valor que el recuerdo y hay gente necesitada a la que le vendría muy bien.

Ishbel inclina un poco la espalda, alarga sus brazos y comienza a trastear entre los objetos, tal y como estaba haciendo justo antes de que su marido apareciera. Seguidamente, agarra un par de libros que retiene entre sus manos con visible apego para luego apoyarlos sobre sus piernas, donde los mece como si se tratara de un frágil bebé.

—Todavía no, Aaron. Son sus cosas. ¡Es que no lo entiendes! Las cosas de Benyamin. Por Dios, no me obligues a deshacerme de ellas tan pronto.

—Cariño, puedes tomarte el tiempo que quieras, pero recordándolo de esta manera solo consigues reavivar aún más el sufrimiento. Sé que resulta duro decirlo, pero aceptar su ausencia es algo a lo que debemos ir acostumbrándonos.

—Mañana me ocuparé de arreglar todo esto como es debido —señala ella removiendo dentro de la bolsa objetos que parecen haber sido metidos allí de golpe y a prisa, como si alguien se hubiera precipitado a quitarlos de en medio.

—Ya estuviste ordenando todo eso ayer, ¿es que no te acuerdas?

—Lo sé, Aaron, lo sé. Pero esta tarde nada más entrar aquí he vuelto a encontrarlo todo hecho un desastre.

—Eso es imposible. Sabes perfectamente que nadie ha pisado esta habitación aparte de nosotros.

Ella alza la cabeza, le mira interrogante a los ojos y aprieta los labios mientras sigue palpando objetos que ya conoce de sobra pero que ahora aparecen ante sus ojos como si acabara de comprarlos: un par de libretas de cálculo, libros de texto, un estuche de cremallera con bolígrafos de colores, rotuladores, lápices y una goma de borrar rectangular con los bordes redondeados por el uso, la Biblia hebrea y unos cuantos folios arrugados con anotaciones en azul y rojo de fragmentos de salmos junto a unos bosquejos de acuarela a medio acabar.

Aaron permanece observándola de cerca. Tras un breve titubeo, acaba doblando las rodillas y hace el simulacro de ayudarla al igual que hizo ayer y también el día anterior. Y posiblemente tenga que hacer lo mismo mañana. Hasta que la mente de Ishbel vaya tomando conciencia de una realidad que ahora niega. Una vez acaban con la tarea, Aaron se queda a unos pasos por detrás de ella para apagar la luz y cerrar la puerta del dormitorio de su hijo. Antes de abordar las escaleras que conducen a la estancia de abajo le pregunta si quiere que vaya preparando algo para la cena.

—No, déjalo. No tengo ganas de comer nada. Estoy cansada y creo que me voy a acostar pronto.

—Aún es temprano —conviene él avanzando por el largo y sombrío pasillo que cruje a cada pisada que da sobre los viejos tablones de madera—. ¿Por qué no te sientas en el sofá a leer un rato mientras yo termino mis tareas?

Un repentino golpe se deja oír desde algún punto de los altos de la casa. Ishbel da un respingo y vuelve sus ojos sobresaltada al techo.

—Mañana sin falta subiré al ático y terminaré de arreglar esa dichosa ventana —dice él sin inmutarse—. Llevo días dándole vueltas, pero siempre acabo dejándolo para luego.

Ishbel permanece inmóvil, con el gesto contraído y los ojos apuntando hacia arriba.

—Querida, ¿ocurre algo?

—No. Nada.

—Pareces... preocupada.

—Creo que tomaré una taza de té.

—Está bien. Lo iré preparando —responde el rabino al tiempo que gira y comienza a bajar peldaños.

—Aaron —le reclama—, nada más volví del hospital me di cuenta de que no has completado la Shivá.

El rabino cavila brevemente.

—He vigilado la *aninut* y el *kaddish* se ha recitado cada día en la sinagoga. El doctor Logan me sugirió que prescindiera a ser posible de alargar el duelo una vez volvieras a casa. Y eso fue lo que hice.

—Pero ¿no va eso contra la ley?

—Salvo excepciones —afirma volviéndose de frente para continuar su descenso por las escaleras—. Te prepararé una taza de té bien caliente con unas pastas que la señora Steinitz ha tenido la gentileza de acercarme a la *Shul* esta tarde.

—¿No le habrás dicho que he estado enferma? —pregunta inquieta.

—No hay nada de lo que debas preocuparte. Ahora, acaba lo que tengas que hacer y no tardes en bajar. Las infusiones se enfrían muy pronto.

Ishbel lo mira alejarse preocupada. Conoce a su marido y sabe que es muy estricto en cuanto a la ley y su cumplimiento, por lo que no la acaba de convencer lo que ha dicho sobre el doctor Logan. También se pregunta qué demonios estará la gente chismorreando de ella ahora que saben que ha vuelto a estar encerrada en un manicomio. Sabe que no será fácil lidiar de nuevo con sus miradas. Ishbel nunca contó con el beneplácito de la comunidad hebrea por ser una *shickseh*, aunque legalmente fuera tan judía como cualquiera de ellos. Premisa esta que unida a

sus bajones emocionales y al resentimiento de sentirse apartada, provocó una reacción en los judíos piadosos de animosidad hacia ella, a quien veían como una mujer extraña de la que convenía tomar distancias, circunstancia que en momentos álgidos hizo peligrar el ministerio de Aaron como rabino de la comunidad a causa de los incidentes provocados por su esposa. Ishbel no ha olvidado nada de todo eso, como tampoco lo mucho que Aaron ha hecho por ella, ni lo duro que ha sido lidiar con los ortodoxos por estar casado con una conversa. De ahí que en momentos en los que se siente observada en la *Shul* o al cruzarse con alguien por la calle, agache la cabeza y mire al suelo. Sin embargo, y a pesar de haber recordado cosas a las que ha tenido que ir acostumbrándose a fuerza de paciencia, lo que ahora la mantiene en vilo no es esa parte de su vida que aún coletea en el presente, sino el comportamiento de su marido, que parece haber dado un giro extraño desde su vuelta del psiquiátrico. La forma en que la mira, la manera en que la trata y el tono de voz que emplea cuando le habla la desconcierta al punto de hacerle pensar que hay algo que el rabino trata de ocultarle. Del mismo modo que también le inquietan esos insólitos ruidos que se han desatado repentinamente en la casa, parecido a algo o alguien que anduviera hurgando a escondidas por el corredor o dentro de las habitaciones, y a los que Aaron no parece darle importancia. Ciertamente que la madera cruje, que el tejado, al igual que las paredes, necesitan reparaciones, y que la vivienda es vieja y se encuentra bastante deteriorada. Sin embargo, esos ruidos suenan de forma diferente. Incluso hay veces en las que se asemejan a voces pidiendo ayuda o alguien que llora con desconsuelo.

La mujer coge un golpe de aire que va dejando escapar al tiempo que le viene a la mente las palabras de su médico: «Debes tener paciencia y mantener a raya las preocupaciones. Tu mente necesita caminar despacio y sin demasiado peso». Agarrándose

con una mano a la baranda, echa un paso al frente en dirección a la cocina, donde puede escuchar a Aaron trasteando. Pero justo antes de que su pie alcance a dar con el primer peldaño, un nuevo crujido estalla en el aire. Ishbel se detiene. Aguarda. Respira hondo durante una fracción de segundos en los que un repentino escalofrío le serpentea la espalda. Aprieta los ojos e intenta convencerse de que solo ha sido un golpe.

«Solo eso, un golpe, todo lo demás está en mi cabeza», se dice en el intento de tranquilizarse. Una vez abre de nuevo los ojos con un mayor dominio de sus emociones, procede a bajar las escaleras en un alarde de calma. Pero justo antes de que aborde el siguiente peldaño algo la obliga a detenerse de nuevo. Esta vez no se trata de un ruido, ni de un azote de viento, ni de un crujido de la madera, sino de algo que le llega desde muy adentro. Desde esa parte más emocional y menos racional de su mente de donde surgen las advertencias.

Durante breves instantes vacila con sus propios impulsos que la empujan en una dirección marcada. Cuando finalmente, y sin apenas darse cuenta, sucumbe a sus instintos primarios y gira la cabeza, descubre que la luz del dormitorio de Benyamin está encendida y la puerta que Aaron había dejado minutos antes cerrada ahora se encuentra completamente abierta.

2.

Montpelier, Vermont, 2012

2 de noviembre. Consulta del doctor Douglas Saunders

Miro a la pantallita gris del radiador que pende sobre la pared de la habitación y veo que marca 18 grados Fahrenheit. Una temperatura agradable para salir a dar un paseo o simplemente para dejarte abrazar por la calidez de un sol que no tardará en ocultarse tras las nubes. Aunque, a decir verdad, no me apetece salir a ningún sitio. Es solo un pensamiento. Una idea extraña e impulsiva que ha cruzado por mi cabeza haciendo ruido, pero sin el menor atisbo de deseo. De hecho, me siento destemplado, como si me hubiera sentado frente a una ventana abierta o expuesto ante una corriente de aire casi desnudo y en pleno mes de enero. «Debe de ser que no me gusta este lugar», me digo convencido de lo que siento y que cada vez que vengo aquí estoy deseando largarme.

—¿Cuándo crees que empezaron a ir mal las cosas? —pregunta el doctor Douglas sin apenas concederme tiempo a que me acomode en el asiento.

«Creo que la pregunta correcta sería, ¿qué coño haces aquí perdiendo el tiempo?».

—Más o menos antes de que decidiéramos mudarnos de casa —contesto mientras me sacudo un jodido pelo acuñado en el bajo de mis pantalones.

—Podríamos empezar por ahí —propone el doctor con una expresión anodina que no casa con su mirada.

—¡Vaya, estamos de suerte!

—No te entiendo.

—¡Cosas más, doctor! Pasemos de página.

Echo los codos hacia atrás y los encajo entre los brazos y el respaldo de la silla en un movimiento rutinario.

—A juzgar por lo que me vienes contando —rebobina de inmediato—, deduzco que tu matrimonio no llegó a cuajar según las expectativas, ¿cierto?

—Contestar a eso tiene trampa.

—Podrías intentarlo.

—¿Y si yo le preguntara si su vida ha sido tan plena y satisfactoria como se la había imaginado?

Sus ojos se rasgan unos milímetros a la vez que esboza una sonrisa falsa.

—Diría que no. Pero no es mi vida lo que nos concierne ahora sino la tuya, Cameron. ¿Qué ocurrió exactamente una vez supisteis que vuestro hijo padecía Asperger?

—Fue un duro golpe. Douglas me mira y aguarda.

—A partir de ahí se fueron complicando las cosas.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Pues a eso, a los asuntos de convivencia.

—¿Crees que la enfermedad de Edward fue el principal detonante de vuestro distanciamiento como pareja?

—Eso es algo en lo que me he parado a pensar muchas veces.